

LA DEMOCRACIA

La gente en general suele tener conceptos erróneos sobre las cosas o no suele tener concepto en absoluto, que por otra parte es lo más corriente. Ya dijeron Lope y otros que el vulgo —siempre con todos los respetos— es necio, o somos necios —porque uno no es ni más ni menos que nadie, ni distinto de los demás y se equivoca todas las veces que sean necesarias— y necesita y es justo que le hablen en necio para darle gusto.

✓ Pero donde quizá el vulgo yerra más aparatosa-mente es en la delimitación del contenido de los vocablos políticos de uso más frecuente. Por ejemplo, con el significado de la palabra democracia. Todo el mundo se llena la boca pronunciándola, como con la desbordante espuma de un buen dentífrico y, muy pocos saben exactamente lo que significa, o comprenden de un modo preciso su alcance. Hay cientos de ocasiones en que, después de oír a cualquier ilustre prohombre una apasionante disquisición sobre un tema, uno inevitablemente se pregunta: «¿Pero qué creará este buen hombre que es la democracia? ¿Qué supondrá que significa? ¿Qué alcance dará al término y al sistema?». Inmediatamente uno reflexiona y cae en la cuenta de que si el que habla es de los que están abajo, de modo invariable entiende por democracia la necesidad de que le dejen hacer lo que le dé la gana; y si está arriba, la necesidad de hacerlo. Para el que no ha alcanzado el poder todavía, democracia significa alcanzarlo inmediatamente quitando de enmedio al que lo ostente y para el que está ya instalado en el mando democracia suele ser él mismo y los enemigos de la democracia todos los que están abajo. Se hacen sinónimos, pues, «democracia» y «egocracia», «demócrata» y «egócrata», y en una palabra se confunde la posibilidad de que gobierne —seguramente mal— el pueblo, con la oportunidad de que gobierne uno solo, problemente mejor.

Dice un amigo mío que la democracia es algo que está muy bien para los suizos, si no fuera porque tampoco en Suiza existe. La democracia es una abstracción, añade, algo puramente teórico que no se da en ninguna parte, porque, con muy buen criterio, en ninguna parte, realmente, se deja algo tan delicado y tan peligroso, tan caro y tan difícil, tan complicado y tan sutil, como es el poder, a alguien a veces tan incapaz de manejarlo como es el pueblo, aunque sea el suizo, de la misma manera que nadie entregaría el Museo del Prado, o los mandos de un reactor en vuelo, o una bomba atómica, a una pandilla de niños menores de cinco años.

• Generalmente, las comunidades políticas, como las comunidades de vecinos a escala doméstica, sólo suelen funcionar bien cuando se evita cuidadosamente la posibilidad de que nadie hable, de que nadie exponga sus puntos de vista y uno solo —el que sea— hace lo que cree oportuno, sin contar con nadie. Aunque sea el más bruto, y aunque se equivoque, siempre será preferible al inútil, inacabable, estéril y enloquecedor contraste de opiniones absurdas, de ideas descabelladas y de pareceres egoístas de la mayoría, nunca silenciosa y la mayor parte de las veces vociferante.

Esta solución es seguramente la mejor, la más eficaz y la más barata, incluso aunque el que mande, haga y deshaga, parta y reparta se quede con la mejor parte, con lo que pueda o con casi todo. La fórmula, que cabría expresar con el «slogan» «de todas formas algo queda» siempre podría ser más perfecta que las democráticas en que la pólvora se va en salvas y en dialéctica y al final no suele quedar nada de nada.

Miguel PEREZ CALDERON